

Crónica ▶▶

CARNAVALES INVOLUNTARIOS

Una ministra jugó carnavales la semana pasada e inmediatamente nos hizo pensar en otros políticos que también terminaron mojados y embarrados, aunque sin proponérselo

Yo fui víctima de un carnaval

RENATO CISNEROS

En medio del alboroto de toda la chiquillada del Puericultorio Pérez Aranibar, Susana Pinilla era una niña más: una chibola de 10 años atrapada temporalmente en un cuerpo adulto.

Despojada de su elegante sastré de ministra de la Mujer y Desarrollo Social, plantada en medio del patio con un buzo y una camiseta manga cero, Pinilla blandía chisguetes a dos manos, soportaba risueñamente el estallido de los globos de agua y –agitando el pelo mojado, como en un comercial de champú– se convertía en la reina inobjetable de un entusiasta carnaval. Un carnaval popular que, engalanado con su glamorosa presencia, ya parecía un 'luau' de verano.

Eso ocurrió el martes pasado y las imágenes fueron la delicia de todos los noticieros de la noche. Era la escena divertida, e involuntariamente demagógica, que a cualquier político le hubiera encantado protagonizar.

Lamentablemente, al establecer contacto con la gente, no todos los altos funcionarios del Estado pueden ser tan encantadores ni espontáneos como la ministra Pinilla. De hecho, hay varios políticos que en algún momento de sus carreras, en el intento de atraer simpatizantes, vivieron otro tipo de carnavales, unos menos inocentes y juguetones, aunque igualmente inolvidables.

PINTURA PARA JAVIER

“Fue el único mes de estupidez que he tenido en la vida”. Así se defiende Javier Valle Riestra cuando uno le pregunta por qué aceptó ser primer ministro de Alberto Fujimori en 1998. El reconocido aprista duró apenas un mes y medio en el cargo, un tiempo breve que, sin embargo, bastó para que viviera los más impensables episodios. Uno de ellos –el que concierne a esta nota– ocurrió el 11 de junio de ese año. Cientos de universitarios que protestaban contra el régimen fujimorista llegaron hasta la Plaza Mayor. Luego caminaron hacia el Paseo de los Héroes Navales. Antes, en la esquina con el jirón Miguel Aljovín, ocurrió un incidente. Entonces serían las 4 de la tarde. Valle Riestra, confiando en su carisma, se presentó en el lugar para intentar calmar a la turba de jóvenes y para garantizarles que no sufrirían represiones de parte de la policía. Tremendo chasco se llevó el jurista cuando los feroces estudiantes empezaron a silbarlo, a lanzarle insultos y hasta una piedra que le causó una herida en la frente. En plena batahola, un protestante avezado se acercó a Valle Riestra y le arrojó pintura roja sobre la cabeza, tiñéndole gratuitamente las canas. Don Javier soportó la afrenta con estoicismo, se limpió la cara pintarrajeada con el antebrazo, y se marchó del escenario tratando de no perder la dignidad.

TORTAS 'POPY'

Este tampoco fue un carnaval de febrero, sino de julio. Ocurrió un mediodía de julio de 1999, para ser precisos. El entonces congresista Fernando Olivera salía apurado del Congreso y se encontró, cara a cara, con una mancha de quince mujeres apristas que lo estaban esperando y que habían llegado hasta allí camufladas entre los manifestantes de una marcha estudiantil.

Las señoras –integrantes de un colectivo denominado Alan Vuelve– habían visto un día antes a Olivera en televisión practicando su deporte favorito: insultar a Alan García durante media hora.

Fue ahí que decidieron sancionar los excesos verbales del líder del FIM con un tortazo público. Pasaron toda la noche preparando el arma-potaje y al día siguiente acudieron al frontis del Parlamen-



EL SEÑOR DEL PASTEL. Fernando Olivera aparece bañado en crema luego de que una mujer aprista le tirara un tortazo por rajar de Alan García en la televisión.



ROJO. 1998 no fue el mejor año para Javier Valle Riestra. Durante el mes en que fue primer ministro, protestas estudiantiles tiñeron su cabello de rojo.

Prado y la suspensión de los juegos

Aunque hoy los carnavales son muchas veces un show pandillero, en el pasado –años 30 y 40– tenían un prestigio ganado y los políticos se sumaban a los festejos con total naturalidad.

En la década de los 50, sin embargo, cuando ya empezaron a convertirse en fiestas callejeras, las autoridades actuaron radicalmente. Antes de 1958, por ejemplo, los alcaldes prohibían los juegos con agua y permitían solo el carnaval seco, para tratar de evitar que los más laberínticos puedan cometer la osadía de bañar a una dama encofetada o a un almidonado señorito delante de todo el mundo.

En el año 58, la violencia del carnaval tuvo su máxima expresión y acabó en tragedia. Los servicios se detuvieron, nadie quería salir de sus casas por miedo a las turbas callejeras que atacaban a los transeúntes con matacholas, piedras o palos. El 14 de febrero de ese año, el entonces presidente, Manuel Prado, con el Decreto Supremo 348, ordenó que se suprimiera todo juego de carnaval en el territorio de la República a partir del año siguiente, es decir, 1959. El jueves pasado la resolución cumplió 50 años, pero, como es evidente, no se le ha hecho mucho caso.

to. Cuando Olivera salió, la señora Faría Espinoza pidió la torta, la colocó en sus brazos y, tras un pique de escasos centímetros, –¡plaf!– la aventó hacia el rostro de ‘Popy’ con una precisión matemática.

Con el cutis cubierto por una gruesa máscara de crema chantillí, Olivera quedó petrificado como un mimo delante de las cámaras. “No me molestó; además estaba riquísima”, diría horas más tarde, chupándose los mismos célebres dedos índices que años después agitaría delante de la prensa.

LAS PIEDRAS DE 'LULU'

Este fue un carnaval excesivo, iracundo, violento. Sucedió en marzo del 2006 y la piñata de la fiesta fue doña Lourdes Flores Nano, en ese momento aspirante presidencial por Unidad Nacional.

Arrastrando el pesado cartelito de ‘candidata de los ricos’ que le endilgaron los apristas, Lourdes dedicó el último tramo de su campaña a visitar las plazas de la sierra central, donde su discurso no había calado. La más dura de todas fue Huancavelica.

Camino a esa ciudad, en la localidad de Izcuchaca, algunos pobladores le hicieron sentir su rechazo, pero de modo pacífico. Pero poco después, entrando a la Plaza de Armas, la multitud la recibió con evidente hostilidad. Parada en la tolva de una camioneta que avanzaba lentamente, y rodeada de unos pocos agentes de seguridad, Lourdes vio venir una lluvia de objetos, en la que destacaban notoriamente piedras y botellas. El estruendoso grito de “Ollanta, presidente” completaba la intimidante atmósfera. Tras



RECHAZO. Lourdes Flores soportó en su paso por Huancavelica una andanada de críticas pero también una lluvia de piedras.



NO CARNAVALÓN. Cáceres Velásquez juró en el Congreso del 2000 bajo una silbatina y una copiosa lluvia de monedas de sol.



HASTA LAS PATAS. Aquella protesta de Carlos Letts no tuvo repercusión política, pero dejó esta memorable postal.

sobrevivir al apanado, Flores Nano dirigió un discurso que, como se esperaba, fue permanentemente interrumpido por las pifias.

SOLESSONAMORES

Pintoresco, pero al mismo tiempo penoso. Así podría definirse ese carnaval en el que acabó convertida la juramentación de los congresistas en julio del 2000.

Desde las galerías, las pullas, los gritos de desprecio y abucheos parecían no hacer mella en algunos congresistas, sobre todo los tráfugas, que ponían su mano derecha sobre la Biblia y juraban con frases y actitudes de lo más estrafalarias. Uno de ellos, Waldo Ríos (FIM), incluso llevó una enorme cruz hasta el Parlamento, en un gesto que pasó por ridículo antes que por estratégico o simbólico.

Pero si esa escena adoptó matices carnavalescos fue por la obscena lluvia de monedas que, a manera de sanción social, cayó sobre algunos padres de la patria. El primero en recibir la metralla de metal fue el exalcalde de Arequipa Luis Cáceres Velásquez, hijo ortopédico de Perú 2000 y cariñosamente conocido como ‘el padrino de los tráfugas’. Cuando vio venir las monedas, Cáceres se detuvo a recoger un puñado de ellas para lanzarlas de regreso a la tribuna. A su hijo Róger Cáceres también le cayeron monedas, solo que confundidas en un aluvión de pelotitas de papel. El último en soportar tan singular agasajo fue Eduardo Farah, quien pagó así la enorme vergüenza de haber pasado a Perú 2000 luego de integrar la plancha presidencial nada menos que de Solidaridad Nacional.

PROTESTA A MEDIAS

En junio de 1991 se produjo otro hecho digno de una avanzada juerga carnavalesca. Ricardo Letts Colmenares, por esa fecha revoltoso diputado del PUM, encabezaba una marcha de huelguistas de construcción civil rumbo a Palacio de Gobierno.

Como era natural, la policía les salió al frente con todo su arsenal de cachiporras y gases lacrimógenos. Pero eso no bastó para frenar a las huestes de Letts. Se tuvo que recurrir a los rochabuses, los famosos ‘pinochitos’, esos camiones que se utilizan para romper manifestaciones a punta de latigazos de agua. Fue precisamente uno de esos que acribilló a Letts con un chorro potentísimo, dejándolo absorto y empapado en medio de la calle.

Mojado hasta los calzoncillos, el diputado se olvidó de la marcha y se fue a sentar en una de las escalinatas de Palacio, donde procedía a quitarse los zapatos y luego las medias, las cuales exprimía delante de los fotógrafos.

En el último tiempo ha habido decenas de situaciones como estas. (De hecho, también podríamos mencionar el huevo que, convertido en proyectil, reventó en la cara de Alan García durante su visita al Cusco en la contienda electoral 2006).

Hecho el repaso, hay una idea que subyace a este conjunto de momentos tragicómicos: si bien la política aspira a ser el espacio del debate serio y la confrontación alturada, hay políticos a los que muchas veces provoca meterles un certero tomate.

¿POR QUÉ NOTECALLAS?
DE LA SEMANA



“Me retiro, pero conste que no se me quiere dar el derecho a defenderme”

■■■ TULA BENITES CONGRESISTA (APRA)

Así, con esta frase que era casi un manotazo de ahogado, doña Tula Benites intentó chantajear sentimentalmente a sus pares parlamentarios el lunes pasado, cuando acudió a la sesión de la

Subcomisión de Acusaciones Constitucionales para ver si le ligaba una intervención más en la cual soltar la perorata sobre su teórica inocencia. Al final, no solo no pudo intervenir, sino que

la obligaron a que se marchara, aclarándole en todos los idiomas que ya había tenido innumerables ocasiones para decirlo suyo. Doña Tula entró en pánico escénico y por más que miró de reojo

a sus colegas apristas ninguno pudo darle la mano. Su compañero José Vargas Fernández intentó luego sacar cara por ella, pero no pudo impedir la justiciera acusación.

DICHO: EL LUNES 11 DE FEBRERO
LUGAR: Subcomisión de Acusaciones Constitucionales